

bellísimas facciones de Carmides, la armoniosa proporción de su figura se le entran por los ojos y vierten sándalo en el fuego del alma del filósofo. Comprende la turbación de todos los presentes a través de su propia turbación: hay como un sagrado vino en la visión de la belleza de la juventud y la embriaguez que nos produce nos descubre más cercana y más encantadora la presencia de los dioses tras las miradas de los jóvenes. Los niños y los hombres maduros se vuelven, con expresión de júbilo, para mirar a Carmides en cuya contemplación se quedan como ante una prodigiosa obra de arte. Y cuando Querefón rompe el hechizo preguntando a Sócrates si no halla que aquél es un hermoso rostro, al expresar éste su conformidad, su interlocutor exalta las perfecciones del cuerpo, las cuales están por encima de las que se tienen patentes. Ah! pero si a todas ellas añadiese la nobleza del alma, no tendría parangón.

Es tan hermoso y bueno por dentro, como es por fuera—insinúa Critias. Piensa como un filósofo y siente como un noble poeta. De Solón ha heredado tan excelentes dotes. Critias llama a su primo y Carmides viene a sentarse entre ambos. Al aproximarse, a través de uno de los pliegues de la vestidura, la mirada de Sócrates recoge un fulgor del cuerpo del joven y una llama se le prendió en su sér. Recordó los versos de Cydías que aconsejan «no llevar el gamo a la presencia del león para que no le devore». Aquel grave pensador perdió el equilibrio de su alma, púsose frío su cuerpo y sólo alcanzó a aquietarse cuando Carmides, con sus respuestas de aprobación, fué revelando la belleza de su alma. Que si las seducciones de la forma azuzan los montaraces apetitos de la bestia la hermosura del alma reconforta y da serenidad a la

nuestra. Ya repuesto Sócrates procede a exponer a Carmides cuál sea la receta del médico tracio para la cura del dolor de cabeza: es una especie de hoja que debe acompañarse con un particular encantamiento. Sola ella ningún efecto produce; pero el encantamiento, a su vez, posee un poder maravilloso que se extiende a la reintegración del cuerpo por la curación del alma. Carmides presencia, pues, en ese instante el nacimiento de la medicina del porvenir, porque si el alma genera el cuerpo como un blando molusco la concha perla, algún día la medicina se remontará a esa noble concepción y para curar el cuerpo embellecerá el alma. Critias, que ha adivinado el pensamiento de Sócrates, declara que Carmides es preeminente en belleza entre sus iguales, pero que también posee la cualidad de la templanza o de la sabiduría que habría de resultar de la aplicación del encantamiento. Porque Carmides en templanza es superior a todos.

Sócrates se explica el caso: en Carmides se opera la confluencia de las eximias dotes de dos antiguas y nobles familias de Atenas. ¿Pero es verdad—pregunta a Carmides—que tú posees la sabiduría y que por lo tanto puedo darte el remedio? Carmides se sonroja y con ello se realza su belleza. ¡Sienta bien la modestia en la juventud! Pero las palabras de Carmides brillan de inteligencia y de sabiduría: «No sé si decir sí o no, porque si afirmo que carezco de templanza, no sería bien decirlo de mí, y desmentiría a Critias y a muchos otros que piensan que soy templado, como os lo acaba de decir; pero por otra parte, si afirmo que lo soy me alabaría a mí mismo y esto sería de mal gusto; no tengo, por lo tanto, respuesta que daros». Esa ingenua sencillez es de un encanto platónico.

Conviene con Sócrates en llevar a cabo la investigación; porque puesto que en Carmides se aposenta la templanza ella habrá debido procurarle alguna sugestión respecto de su naturaleza y se hallará en aptitud de responder a la cuestión: ¿qué es la sabiduría o la templanza? La palabra *sophrosyne* del original es todo eso: moderación, sabiduría, templanza.

Y se da principio al desfile de preguntas en el centro de cuya maravillosa red, como en tapiz de gobelinos, aparecen en sucesión definiciones coronadas de perpetua primavera: tan jóvenes son hoy como entonces fueron; allí está el nacimiento de la Lógica, allí el de la Metafísica, allí el de la Política, como conocimiento de la justicia. Y todo ese desfile en la presencia de ese bello joven que pone de manifiesto a los ojos de Sócrates una cierta dulce sabiduría que es la hermosura del alma. Carmides es tan bello por dentro como por fuera. Para él, que es en todo mesurado, la templanza está en la quietud o está en la modestia, y cuando Sócrates le demuestra que todo ello no es aún la sabiduría con una sonrisa de ateniense ironía, llena de gracia, deja la palabra a su primo Critias. Y la investigación prosigue su curso. Critias cae en contradicciones, como es frecuente cuando se discute con Sócrates. Y él mismo, leal a su constante declaración de que sólo va buscando la verdad porque él no la posee, propone cuestiones que no resuelve, que habrán de resolver quienes le escuchan en sus propias reflexiones. «¿Y la sabiduría no da la salud? ¿No es ella más bien el efecto de la medicina?»—pregunta quien antes había afirmado que no daría su remedio a Carmides, si antes no se aseguraba de que poseía la sabiduría, pues sin ella el remedio ningún efecto produciría; porque para curar no

debe separarse el cuerpo del alma. Finalmente reconoce que su excursión no le ha llevado al seno de la sabiduría, y dirigiéndose a Carmides se lamenta de ello a causa de él que estando en posesión de tal belleza y tal templanza o moderación no podrá aprovechar el remedio. «Pero estoy persuadido—le dice—de que la sabiduría o la templanza es un gran bien, y de que eres feliz si ya le tienes... y ten la seguridad de que mientras más templado o sabio seas más feliz serás». Y Carmides le responde: «Seguro estoy de que ignoro, Sócrates, si tengo o no ese don de templanza o sabiduría; porque ¿cómo puedo saber si tengo aquello cuya verdadera naturaleza ni vos ni Critias habéis podido descubrir?—(si bien no os creo)—Por lo demás, seguro estoy, Sócrates, de que necesito el encantamiento y en tanto cuanto de mí depende, estoy deseoso de que me encantéis vos diariamente, hasta que vos digáis que lo estoy bastante».

¿No es esa realmente la más feliz expresión de la sabiduría y modestia de Carmides? Acaba de descubrir, en la compañía de Sócrates, un mundo superior y nuevo para él, el mundo de la belleza interior y quiere, continuando de la mano de Sócrates, descubrir las otras maravillas. Sócrates no le ha presentado un libro, sino que haciéndole mirar hacia dentro le ha invitado a desenvolver el volumen donde se leen las palabras de supremo encantamiento—*gnothi seauton*—el de más venturosa lectura, porque a medida que se descifran sus divinos caracteres se hace más trasparente y luminoso el Universo. Leer en el interior es ponerse en contacto con la luz sustancial que yace en la esencia única de las cosas y del sér.

El yo y el no-yo es y seguirá siendo la sempiterna dua-

lidad de quien no ha trascendido el mundo de la conciencia cósmica. Pero cuando se ha hecho en el alma de un hombre la luz que flotó sobre los abismos antes de la creación de los soles, aquella dualidad se trasmuta en una suprema unidad armónica y perfecta. Sócrates invita indirectamente a Carmides a penetrar en ese mundo de asombro. El alma de Carmides es de las predestinadas, por su belleza, en conjunción con el permanente resplandor de su serenidad, a remontarse a las primeras cumbres de esa conciencia cósmica en donde el hombre y el Universo, compenetrándose, se funden.

Pocas cosas más gratas que la visión de una alma joven que se dispone a emprender la jornada de la vida, toda en flor, como un dorado naranjo en primavera. Su mejor destino depende de ello, como el destino de una nación por anticipado se refleja en los pensamientos de su juventud que aún no ha cumplido sus veinticinco años. En esa savia de juventud sumergió sus raíces la imperecedera belleza ideal de Atenas, la cual realizó en la Historia lo que su juventud, generosamente asistida de sus Maestros, le prometió. Y es esa juventud, sabia y bella, la que Atenas continúa representando en los recuerdos de la Humanidad.

Carmides encarna un ideal de vida humana, alianza de belleza, que es la sabiduría del cuerpo, y de la sabiduría, que es la belleza del alma. Su presencia impone la admiración de los filósofos, de los atletas y de los niños. En su augusta tranquilidad reside como un apacible resplandor de la serenidad apolínea. Y es tal la fuerza de su pensamiento en paz que diafaniza sus carnes y se le creería inmortal e invulnerable. Tal es el poder de su aspiración hacia la sabiduría de los dioses que allí por donde

él pasa una bella adoración derrama sobre sus pasos todas las fragancias de las Hespérides en flor. Vive como quien sabe que cualquiera que sea la amplitud de la vida de un hombre los primeros veinticinco años son la porción más larga y más hermosa de la existencia. Lo que no se soñó en esa mañana de oro no se soñará ni se realizará jamás.

ROBERTO BRENES MESÉN

(*Inédito*).

«La Escuela (Escuela Normal de Costa Rica) está dotado de un mueblaje quizá demasiado lujoso para un establecimiento de su clase; no obstante he advertido con extrañeza algunas deficiencias que deben remediarse..... en todo el edificio no encontré una sola escupidera.—C. GAGINI». (Director de la Escuela Normal).

(Del informe oficial, 7 de junio de 1918.—Publicado en la Gaceta del 25 de junio de 1918).

«Un mobiliario uniforme y fuerte, que responda a las buenas condiciones higiénicas y pedagógicas por lo que respecta a las diversas estaturas de los escolares en los diferentes cursos, y que produzca una agradable impresión estética por la percepción visual, es uno de los elementos que contribuyen sobremanera a la educación de la juventud, despertando en ella el sentimiento de la conservación, hábitos de limpieza y amor al estudio; pues trabajando comodamente, con todo el aseo apetecible y toda la facilidad deseable se educa para lo bello, para lo bueno y para la conservación de las cosas que utilizamos en nuestra vida diaria: el espíritu se siente más animado y el cuerpo mejor dispuesto a la labor cotidiana.—Z. SALINAS». (Director del Liceo de C. R.)

(Del informe del 1º de marzo de 1904.—Memoria de Instrucción Pública, 1904. Página 84).

Alma helénica

I

De las cumbres lejanas venía
la bandada armoniosa cuyas alas
brillaban como el día.
(Sobre el cielo azulado se veía
dibujarse la lanza de Palas).

Aquella tarde triste
los pájaros sagrados me hablaron al oído:

II

Tú fuiste un soberbio guerrero,
soberbio y temido.
Tu casco de bronce,
tu carro dorado, tu espada, tus ojos de fuego,
agitaron la aurora serena
de las hondas pupilas de Helena.

En un frágil trirreme surcaste
el océano profundo y sonoro,
que ocultaba con olas de sombra y espumas de nieve
el jardín de los frutos de oro.

Los aedos cantaron tus hazañas
en los festines
que ofrecen los reyes a los semidioses;
y como un viejo río, la sien coronada de cañas,

bajo el palio de frondas, riente y luminoso,
de las esposas vírgenes
fuiste el primer esposo.

Y cuando ardió tu cuerpo
en la hoguera que tiñe de rojo la cima del monte,
tembló bajo tus plantas,
sobre las ondas lúgubres, la barca de Caronte.

(¡Oh, sí! Yo fuí el guerrero
de las viejas rapsodias,
y la tricorde lira
cantó mi gesta heroica.
¡Aún en mis hombros siento
los brazos de la diosa
que encendía mis labios
al fuego de su boca!

En el río de lágrimas
se reflejó mi sombra,
con los que la pérdida
dulce existencia lloran...)

III

—¿Guerrero? ¡Oh, no! ¡Deliras!
Busca en tu noble espíritu
el alma de los besos y el alma de las liras;
adornen tu frente
laureles y mirtos y rosas,
y humedezcan tus pálidos labios
(pálidos de fatiga de placer) si reposas
en las noches aladas,
finas y rojas lenguas
en el néctar de Thasos saturadas.

Que un nuevo goce inicie
la nueva luz que en el oriente empieza,
que la dulce belleza
tus ojos acaricie.

Presente de los dioses,
la vida es suave y breve;
vino y caricias bebe
donde los labios poses.

Que lleve hasta tu oído
su alarma deliciosa
la pareja amorosa
que palpita en el mindo.

(—Ceñid una guirnalda de rosas a mi frente,
desatad mis sandalias, adornadme de púrpura,
poned junto a mi mano la lira floreciente;
que preludien las liras
al dulce modo eolio
¡oh sacra Musa que al festín inspiras
los versos del escolio!

Risas, juegos y amores
tengo en mis brazos presos,
y el ardiente deseo entre mis labios
persigue la frescura de los besos...)

IV

—¿Te acuerdas? A la sombra
del plátano frondoso,
junto a la clara fuente
que al pie del ara de las Musas nace;
bajo el cielo riente,
gozoso con su luz y con su gloria,
surgieron en tu mente
el Bien y la Verdad y la belleza,
alma de la indulgente
Naturaleza.

De hondas arrugas se cubrió tu frente
y aparecieron en tu sien las canas,
pero siguió a tu oído, suavemente,
cantando, el coro de las nueve hermanas.

Y así, cuando morían
tus últimas auroras,

endulzó la agonía de tus ojos
el grupo de las Gracias seductoras.

Ni hombres ni dioses
perturbaron tu espíritu sereno,
y tu espíritu estaba
de hombres y dioses lleno.

¿Fue un Dios? ¿Fue un hombre acaso
quien condujo la muerte a tus dinteles?
El hijo de Hiperión cerca al ocaso
guiaba sus corceles,
y como el paso del radiante Numen
un camino de luz era tu paso.

(¡Oh sí! Cuando vagaba por el bosque de olivos,
con las plantas desnudas sobre la fresca hierba,
fijos en el espacio mis ojos pensativos,
bajo el sereno y hondo prestigio de Minerva;
cuando junto a los pórticos la muchedumbre oía
mi voz austera y grave,
la persuasión excelsa de la sabiduría
—gárgola luminosa—descendía a mi labio,
y fui, bajo el influjo de mi celeste guía,
dulce, elocuente y sabio...)

V

En la cumbre lejana y sinuosa
moría la tarde.

La bandada armoniosa
tendió otra vez sus alas,
mientras rojos celajes envolvían
la lanza de Palas.

Después, mis pasos fueron entre ruinas y escombros
y se pobló mi espíritu de terrores extraños...
Cayeron dos mil años
sobre mis hombros...

RICARDO JAIMES FREYRE

(Del libro *Los sueños son vida*, Buenos Aires, 1917).

El ermitaño

Había sido desde la niñez como uno que está lleno del conocimiento perfecto de Dios. Siendo aún niño, suscitaba por la sabiduría de sus respuestas la admiración de santos hombres y de santas mujeres, moradores de su ciudad natal. Cuando hubo recibido el traje y el anillo emblemáticos de su plena virilidad, besó a sus padres, y despidiéndose de ellos, se fué a anunciar a Dios por todo el mundo. Pues había en ese tiempo muchos en el mundo que no conocían a Dios o que tenían de él sólo un conocimiento imperfecto. O bien adoraban falsos dioses que habitaban en cavernas y que no se cuidaban de sus adoradores.

Y volviéndose de cara al sol, sin sandalias, como había visto hacer a los santos peregrinos, salió, llevando una bolsa de cuero pendiente en la cintura y un vaso de tierra cocida. Y entonó cánticos incesantes de alabanza al Señor. Y después de algún tiempo, llegó a un país extraño, en donde había muchas ciudades.

Y atravesó once ciudades, de las cuales, unas se elevaban en los valles, otras a la orilla de los grandes ríos y algunas en las montañas. Y en cada ciudad hallaba un discípulo que quería seguirle. Muchas gentes salían de cada ciudad en pos suyo, y el conocimiento de Dios se difundía por todo el territorio, y los señores se conver-

tían, y los sacerdotes de los templos dedicados a los ídolos, veían disminuir los concurrentes día por día. Al tocar sus sagrados gongs, cada vez, a la hora meridiana, venían pocos—a veces ni uno—de los fieles que en otro tiempo, antes de la llegada del intruso, solían acudir llevando en ofrenda pavos reales y viandas.

Pero a medida que creció el séquito y que aumentaban los discípulos, mayor era la tristeza del peregrino. Y él mismo no sabía por qué era tan grande su tristeza; pues hablaba siempre de Dios y de la plenitud del conocimiento de Dios que el Señor mismo le había conferido. Y una noche salió de una ciudad que se llamaba Araménia, y le seguían sus discípulos y una gran multitud. Y subió a una montaña y se sentó en una gran piedra que había en lo alto, en tanto que sus discípulos le rodeaban, y que abajo, en el valle, se prosternaba el pueblo. Y apoyando la cabeza en las manos, lloró y dijo a su alma: ¿Por qué estoy yo lleno de aflicción y de temor, y en qué consiste que cada uno de mis discípulos es para mí como un enemigo declarado?

Y su alma le contestó diciendo: Dios te ha llenado del conocimiento pleno de su sér, y tú le has transmitido a otros ese conocimiento. Has roto la perla valiosa y destrozado la túnica inconsútil y has distribuido los fragmentos.

El que comparte la sabiduría, se despoja a sí mismo; es como uno que diera todos sus tesoros a un ladrón. ¿No es Dios superior a tu sabiduría? ¿Quién eres tú para que te atrevas a difundir el secreto que Dios te ha confiado? Antes veía yo a Dios. Ahora tu mismo me lo has ocultado.

Y de nuevo lloró él; pues sabía que su alma hablaba la

verdad, y que él ahora sólo se agarraba a las vestiduras de Dios, y su fe, antes tan firme, le abandonaba a medida que las multitudes creían en él y porque en él creían. Y se dijo a sí mismo en lo íntimo: no hablaré más de Dios. El que comparte su sabiduría se despoja a sí mismo. Y después de algunas horas vinieron a él sus discípulos, se prosternaron y dijeron: Maestro, háblanos de Dios, pues tienes el conocimiento pleno de Dios y nadie, excepto tú mismo, tiene tal conocimiento. Y él les contestó diciendo: Os hablaré de todas las cosas del cielo y de la tierra, pero de Dios no os hablaré.

Entonces ellos se encolerizaron y exclamaron: nos has conducido al desierto para que te oigamos, y no nos has dado de comer. ¿Y quieres que nos devolvamos hambreados nosotros y todos aquellos que indujiste a que te siguieran?

Y él les contestó diciendo: no os hablaré de Dios. Y las multitudes murmuraron contra él y decían: nos has conducido a este desierto y no nos has dado qué comer. ¡Háblanos de Dios y nos contentaremos! Pero él no contestó, pues sabía que si les hablaba de Dios, sería como despojarse de su tesoro.

Tristemente se fueron sus discípulos, y la muchedumbre regresó también. Muchos de ellos murieron en el camino.

Y cuando él quedó solo, se levantó, volvió el rostro hacia la luna y echó a andar, peregrinando siete meses. A nadie habló una palabra, ni dió respuesta a nadie. Al terminar el séptimo mes, llegó a aquel desierto que se llama el Desierto de las grandes aguas. Y habiendo hallado una caverna, en la que había habitado antes un Centauro, se dispuso a habitarla; construyó una estera

de juncos para acostarse y se hizo ermitaño. Y a cada hora ensalzaba a Dios por haberle permitido conservar algo del conocimiento de su grandeza maravillosa.

Y sucedió que una noche, estando el Eremita sentado a la puerta de la gruta, en que había hecho su vivienda, vió de pronto a un joven de hermoso aunque maligno rostro, que pasaba envuelto en vestidos de pobreza y con las manos vacías. Y todas las noches pasó el joven con las manos vacías, y todas las noches le vió regresar cargado de púrpura y de perlas, pues era un ladrón que despojaba las caravanas de mercaderes. Y una mañana que el joven volvía, cargado como siempre de púrpura y de perlas, hizo alto, frunció el ceño, golpeó la arena con el pie y dijo al Eremita: ¿Por qué me miras así cuando paso? ¿Qué es lo que veo en tu mirada? Pues nadie me ha mirado así aún, y tu mirada es como una espina que se clava en mis ojos y me irrita.

Y el Eremita respondió: Lo que hallas en mi mirada, es compasión. Es la compasión la que te mira.

Y el joven se rió despectivamente y dijo con tono de sarcasmo: Tengo púrpura y perlas en mis manos y tú no tienes más que una estera de juncos en qué echarte.

¿Cómo podrías tenerme lástima? ¿Y por qué te la habría yo de inspirar?

—Tengo lástima de ti porque no conoces a Dios.

—¿Y es, pues, el conocimiento de Dios una cosa tan preciosa?—preguntó el joven acercándose a la entrada de la gruta.

—Más preciosa que todas las púrpuras y las perlas del mundo.

—¿Y tú lo tienes?—interrogó el joven aproximándose aún.

—En un tiempo, el conocimiento pleno de Dios estaba en mí, pero en mi locura me desprendí de él, distribuyéndoselo a otros. Con todo, lo que conservo de él es mil veces más precioso que las perlas y las púrpuras para mí.

Y cuando lo hubo escuchado el ladrón, arrojó lejos de sí las perlas y la púrpura, desenvainó su espada y dijo al Eremita: Dame enseguida ese conocimiento de Dios o te mataré. ¿Y porqué no mataría yo al que posee un tesoro más grande que los míos?

El Eremita abrió los brazos y dijo: ¿Y no es mejor suerte para mí, ir de una vez a ensalzar al Señor en su morada, que vivir en este mundo sin tener el conocimiento de Él? Hiere, si tal es tu deseo. Pero lo que yo sé de Dios, nadie me lo arrancará.

Y el joven ladrón cayó entonces de rodillas suplicándole, pero el Eremita rehusó tenazmente hablar y compartir con él su tesoro. Entonces el ladrón se levantó y dijo al Eremita: Sea como tú quieras. Me iré directamente a la Ciudad de los Siete Pecados, que dista de aquí sólo tres días: allí me darán alegría en cambio de mi púrpura y mis perlas. Y recogiendo las perlas y la púrpura se apresuró a marchar.

Entonces el Eremita le siguió conjurándole para que renunciara a su designio. Tres días corrió en pos del ladrón suplicándole sin cesar que retrocediera y no entrara en la Ciudad de los Siete Pecados.

Y de cuando en cuando volvía el ladrón a mirar al Eremita y le decía: ¿Me darás aquel conocimiento de Dios que es más valioso que la púrpura y las perlas? Si consientes en dármelo, renunciaré a pisar la Ciudad de los Siete Pecados.

Y a cada vez le contestaba el Eremita: Todo lo que

tengo te lo daré, excepto ese conocimiento; pues no me atrevo a desprenderme de él.

Y al anochecer del tercer día, llegaron a las puertas de la Ciudad de los Siete Pecados. Ruidos estruendosos de carcajadas llegaban a sus oídos. Y el joven ladrón rompió a reír, preparándose a golpear a la puerta.

Viéndole, el Eremita corrió a prenderse a la orla del vestido del ladrón y exclamó: Abre tus brazos, échalos a mi cuello, pon el oído cerca de mis labios, y te daré lo que aún me queda del conocimiento de Dios.

Y el ladrón contuvo el paso.

Y cuando el Eremita se hubo desprendido del conocimiento de Dios, se dejó caer, llorando, al suelo. Y espesas tinieblas cayeron sobre la tierra ocultándole la ciudad y el ladrón, y ya no los vió más. Y en medio de su llanto, vió a uno que estaba a su lado. Sus pies eran de barro; sus cabellos caían en guedejas luminosas. Y entonces, levantando del suelo al Eremita, le dijo: Antes tenías el perfecto conocimiento de Dios. Ahora tendrás el perfecto amor de Dios. ¿Por qué, pues, lloras así? Y acercándose, le besó.

OSCAR WILDE

(Trad. de *Alpha*, Medellín).

Señendo a Platón ⁽¹⁾

Para ti, Amalia, que llevas en
el nombre las letras de alma.

Después que hemos leído juntos a Platón me he quedado frente a ti, mirándote, y he visto como en una ojiva el radioso esplendor de una estrella. Mi corazón se asoma a tus ojos y mira allí el contorno armonioso de la palabra Amor.

Amor es lo bello buscando lo bello, Amor es la idea suprema del bien, Amor es la adquerencia de lo bueno para el sér, Amor es felicidad, Amor es identidad, continuidad de pensamiento: Platón hubiera embellecido más sus páginas si hubiera estado frente a ti, alma! que eres amor, que eres sabiduría, que eres belleza!

Mi corazón se asomó al tuyo como a una ojiva y vió el contorno armonioso de la palabra Santa. Tú lo eres todo, hermana; tú lo tienes todo, Amalia; tú lo serás todo, Amada!

Junto a ti se hace noble la vida y se sutaliza todo. Quién hubiera nacido el día del dios Apolo; quién fuera

(1) De *El libro de la hermana*.

tocadô en los labios por las abejas del Himeto para cantar en tu loor, oh alma!

Emoción inexplicable y honda das tú, amada, a quien te vela amándote! ¿Cómo? ¿Cómo explicar ese momento de sensación pura que procuras?

Oíste alguna vez una melodía de Beethoven o una sonata de Bach? ¿Cerraste las pupilas soñadoras y sentiste una ablución angélica? ¿Al pie del altar, sumida el alma en Dios, cuando se alzaba la hostia para ti, oíste el trémolo del órgano enredado en las gasas del incienso?

Ah! Exaltación purísima de lo interno, de lo eterno, de lo grande, de lo único verdadero que existe!

Amor!

Se comprime el diafragma, se angustia el pecho, se siente venir a los ojos un dulce lloro, y la voz quiere subir a la garganta para decir a tu oído, como en un susurro: Amor! Amor! y tener entre las manos el óvalo puro y mirar una eternidad en tus pupilas... y estar así en una laxitud de siglos... y sentir que la vida se refiere a ese momento, mientras el corazón se precipita y las manos oprimen otras manos y el labio febril suspende el alma en un beso puro y se queda así junto a ti, alma, en un éxtasis celeste, en una emoción única, en un temblor santo!...

ROGELIO SOTELA.

(Inédito).

El cuatro contra el cinco

Me ha interesado vivamente la discusión sobre méritos intrínsecos de la moneda, que suscitó en días pasados un opúsculo de Antonio José Restrepo.

En el fondo la cuestión es la misma que disputaron los ingleses en el siglo XVII, cuando algún precursor de los Henry George contemporáneos propuso aumentar la riqueza nacional en un 20% convirtiendo las libras de 20 chelines en libras de 16 chelines. «Por cada cien libras circulantes hoy», decía el autor del proyecto milagroso, «tendremos 120 después de la reacuñación»

El plan tuvo la acogida que logran los de su especie, cuando se producen en el ambiente propio para sustentarlos. Los pobres, aún los más menesterosos, se sintieron de repente una quinta parte menos pobres y los ricos una quinta parte más pudientes de lo acostumbrado. Unánimemente aplaudían unos y otros al redentor económico de la humanidad.

No faltaron sin embargo espíritus díscolos que opusieran las preocupaciones añejas de la aritmética a la visión de los reformadores. Y entre los unos y los otros, los que aceptaban la realidad del milagro y los que la disputaban, se produjeron polémicas ardientes y encuentros más o menos sanguinarios.

—«Me informan que hay grave agitación a propósito

de las monedas, pero no sé a punto fijo lo que se discute», le escribió entonces el astrónomo Flamsteed a Sir Isaac Newton, Director a la sazón de la Real Casa de Moneda.

—«En pocas palabras», contestó el ilustre físico, «se trata de saber si cuatro son cinco o si son cuatro nada más».

Fallada la cuestión en contra del cuatro y en favor del cinco, y disipado el miraje cuantitativo, vemos que los soñadores del eterno sueño se acogen al subterfugio cualitativo para fundar la igualdad y la elasticidad indefinidas de los valores. Los estadistas en aprietos no intentarán acuñar monedas de a cinco unidades que tengan sólo cuatro. Pero se esforzarán por establecer con acopio de sofismas y decretos la equivalencia de cuerpos y sustancias incompatibles.

Antes de sumirse en la demencia completa, los pueblos harán bien en precaverse contra las asechanzas de una alquimia pueril y fraudulenta que menoscaba por igual la integridad de su bolsa y de sus facultades.

No es una convención artificiosa la que ha hecho del oro la norma y el vehículo de los valores, y del caudal de oro disponible el índice de la vitalidad económica. Los economistas tienen averiguado el por qué de estas relaciones y el de sus perturbaciones. Y la experiencia por su parte señala con estigmas distintivos a los pueblos extraviados que se prestan a tales supercherías.

Un pueblo que trabaja y produce valores económicamente convertibles, no tiene por qué carecer de la cantidad ni de la calidad de moneda que se requieren para sus transacciones. Y si se encuentra falto de ellas, la razón *puede* consistir en un defecto de producción, pero con la

mayor frecuencia consiste en el desfalco más o menos ostensible de sus valores por el consumo artificioso y por una o más formas de parasitismo. En nuestro caso particular, digan lo que quieran Henry George y sus adeptos, no hay lugar a equívoco ni ambigüedad. La historia de Colombia en los últimos cuarenta años es la historia del desfalco consentido y del parasitismo organizado bajo los auspicios de la ley y de la costumbre.

Estos apuntes no son por lo demás una lección de economía política ni otra cosa que una voz de alerta al criterio y a la buena voluntad de las gentes. Al oponer su voto a las tentativas de amonedación pseudo-fiduciaria, la República ha dado una señal saludable de instinto de conservación vigilante. Esperamos que no ha de ser la última.

La tendencia migratoria del oro, como los beneficios presuntos del papel, con que se trata de conciliar las voluntades y de paliar el desastre, son descubrimientos más respetables por su senectud que por su autenticidad. Decir que la monedá de oro emigra con mayor facilidad que la de cobre o papel, es una manera erudita de enunciar esta conocida verdad: que las cosas se compran por lo que valen en el mercado y no por lo que pueden ofrecer por ellas los compradores menesterosos. En defecto de producción económica, de industria sana y agricultura floreciente y comercio acreditado y sistema equitativo de impuestos y equilibrio de ingresos y gastos y mecanismo bancario, de todo, en suma, lo que constituye la normalidad económica, el oro tiene que emigrar, pues no será a cambio de papeles sin crédito,—verdaderas credenciales de insolvencia—como se logre sostener las importaciones.

Y en cuanto a las pretendidas virtudes del papel en el dominio de la agricultura, de la cafetería, etc., serían más convincentes si no militara en contra de ellas el cómputo de lo que cuestan, las ruinas de individuos e instituciones, las fortunas instantáneamente desvanecidas, la anulación de créditos y la inseguridad general. No se ha intentado ese cómputo ni se intentará jamás. Las cifras serían demasiado alarmantes para todo efecto. Ni se ha intentado tampoco el cómputo, aún más alarmante, de la depreciación moral que ha padecido el país bajo el régimen de la moneda falsa, la pérdida de prestigio y de confianza en sí mismo y en la respetabilidad de la Nación, al ver convertidos los frutos de la labor cotidiana en las inmundas especies que nos han sido familiares por tanto tiempo.

Las excelencias del papel moneda y demás arbitrios y recursos basados en análogas ficciones, no son del dominio de la ciencia económica. Para hacerles la debida justicia, a ellos y a sus autores y a los pueblos estultos que los acogen, hay que recurrir, como el satírico italiano, a los acentos de la lírica burlesca:

Deh, Patria mia, felice
come ti veggo e lieta,
spregiar la corruttrice
copia de la moneta!
L'ebbe di ferro Sparta:
piú spartana di lei tu l'hai di carta!

S. R.

Londres, 1917.

(De Colombia, Medellín).

Sobre "Diario de Clase"

(Respuesta a una maestra)

Las páginas que he leído de su *Diario de Clase*, muestran una manera de llevarlo, científica, moderna, que, con poco, podría ser ejemplar. Las anotaciones que Ud. hace después de cada lección, equivalen a las que los maestros norteamericanos llaman «*progress notes*». Sin éstas, el *Diario* es una mera colección de planes de lección, carente de objeto. Las anotaciones lo convierten en lo que pudiéramos llamar la biografía espiritual de un grupo de niños. Así alcanza el *Diario* su verdadero ministerio.

Mi juicio acerca de esta cuestión me conduciría, si fuera maestro, a procurar que los niños llevaran también un *Diario de Clase*. Ojalá un diario individual.

«La contabilidad que más necesitan las escuelas — dice el Profesor H. E. Bennett,⁽¹⁾ y la que más han descuidado, consiste en un diario de los progresos y de las necesidades de los individuos y de la clase».

Lo que afirma ese autor, lo sabe Ud. y lo sabemos todos, excepción hecha, a lo que entiendo, del Director de la Escuela en que Ud. trabaja. Pero hago la cita, y la

(1) *School Efficiency*. New York. 1917.

prefiero a mis propias reflexiones, amplias al respecto, porque conozco el aprecio en que tienen las citas ciertas autoridades escolares.

Por lo demás, los procedimientos con que la escuela actual ensaya a realizar el estudio de las necesidades y la medición de los progresos, constituyen todo una nueva y fecunda disciplina pedagógica. Nuestras Escuelas Normales, por cierto, y las más de nuestras autoridades escolares, la ignoran en absoluto.

El trabajo que Ud. me ha presentado sería tal vez completo, si las observaciones colectivas e individuales se ajustaran a un plan cuya organización considerara los varios aspectos de la actividad infantil.

Al aludido Director conviene hacerle comprender una sencilla idea fundamental: que el plan de lección de cada día debe apoyarse en el trabajo y no en el plan del día precedente. La ignorancia de tan sencilla noción, denuncia una incomprensión del problema educacional, capaz de atar la escuela al cautiverio de una rutina irredimible.

OMAR DENGO.

Julio de 1918.

NOTA.—Cuando emprendimos la publicación del Libro de Instrucciones para el desarrollo de los Programas de Educación Primaria, suponíamos que unas pocas páginas de LA OBRA bastaban a contenerlo. En breve comprendimos que la publicación completa abarcaría algunos más de los números correspondientes a un año. De ahí que la suspendamos, con ánimo de editar el libro, si alguna vez nos favorece la oportunidad.

(Inédito).

O. D.

Los grandes educadores

Don Francisco Giner de los Ríos

(Para consuelo de orfandades, esta página cuya lectura recomendamos a nuestros estudiantes. Como ella, serán otras que les iremos entregando. Es bueno que por comparación se vayan dando cuenta de este bien supremo para los jóvenes: hallarse —cosa rarísima, por cierto!— con un educador en las aulas).

Más aún que pensador y jurista, fué Don Francisco Giner educador, foco ardiente de vida y doctrina, cuyos rayos penetraban hasta en lo mas íntimo de quienes se movían en torno suyo. Nadie de los que le conocieron y trataron escapó a su poderoso influjo. Desde los primeros años de su vida viril fué centro y guía; él promovió y alentó vocaciones, él sostuvo ánimos desfallecientes, él infundió valor y energía, cuando la necesitaron, a sus amigos, los de la primera como los de la última hora. En aquel grupo famoso de los discípulos de Sanz del Río, entre aquellos hombres animados todos del más sincero entusiasmo por la ciencia y la virtud, Azcárate, Calderón, Costa, Messía, Tapia, Salmerón, Soler, Quiroga, Caso, Linares, Cossío, Posada y tantos otros, fué Don Francisco siempre el fuego que encendía los corazones y el lazo que los conservaba unidos. Cada uno hizo su ca-

mino por la vida; pero todos tuvieron siempre en el pecho del hombre bueno que se daba a todos el punto de común entronque, y me atrevo a creer que cuando esos hombres tan distintos, y a veces tan opuestos, contemplaran hacia atrás su propia carrera, apareceríales ésta como el radio de una circunferencia ideal, cuyo centro era la figura inolvidable de Don Francisco. Como Sócrates, fué su misión y vocación en este mundo la de dar a los demás lo mucho o poco que él tuviera, y más aún de lo que tuviera, y no sólo dió doctrina y ciencia, que no era lo que él más estimaba, sino que dió vida e ideal y nobleza y ánimo y dignidad y profundo sentido del propio valor de la persona.

No tenía espíritu alguno de proselitismo; no siendo dogmático, mal podía aspirar a hacer escuela. Nunca llamó a nadie; pero nunca tampoco rechazó a nadie. Y era lo extraño y profundo de su persona y de su espíritu, que quien se acercaba a él, siquiera casualmente, y tenía en el corazón algo más que un músculo, se sentía infaliblemente atraído y pronto, fecundado por la emanación de idealidad que brotaba de sus ojos, de su palabra, de su ademán. Sabía infundir el respeto, encender el amor, avivar el entusiasmo, moderar la pasión, y como nadie, acoger en su seno amical el efusivo abandono confiante en las horas malas de negrura y melancolía, para devolverlo en noble y viril reacción animosa.

Nunca podrá conocerlo bien quien no lo haya visto y oído en su clase universitaria o entre los niños de la Institución Libre de Enseñanza, o en aquellas reuniones de amigos íntimos donde su presencia y su palabra exaltaba a unos y contenía a otros, enseñaba y educaba a todos.

Daba don Francisco su clase universitaria por la tarde,

en una aula grande y nueva, toda rodeada de unos armarios roperos, que le imprimían cierto carácter de biblioteca sin libros. Allí acudían a principio de curso la muchedumbre de escolares con el ánimo curioso de conocer a un nuevo profesor. Llegaba muy en punto de la hora don Francisco, saludando afable y cortés a unos y otros. Entrábase en la clase, y acomodábanse los estudiantes en unos bancos con mesa, sobre la que algunos habían puesto el *Cuestionario para el examen de Filosofía del Derecho*. Don Francisco aguardaba que se hiciera silencio, y de pie, delante de la primera mesa, desdeñando, o mejor dicho, haciendo caso omiso del estrado y del sillón de cátedra, removía unos con otros sus papeles de notas, apuntaba con lápiz alguna palabra, mientras en el auditorio, suspenso en profunda atención, crecía la curiosidad y no poca extrañeza.

Empezaba a hablar el maestro. Solían sus primeras lecciones, en cada curso, referirse a proyectos de trabajos y lecturas, con frecuentes apartados de índole general, citando libros y autores, dando noticias de traducciones castellanas o francesas de obras clásicas de Filosofía. De vez en cuando apuntaba alguna digresión pedagógica; hablaba del interés verdadero por la ciencia como distinto totalmente y hasta opuesto al interés académico por el éxito en los exámenes. Aconsejaba con no fingida sinceridad que a la clase no viniesen sino los que tuviesen ese interés verdadero por la cosa. Y así, entre que lograba con sus palabras convencer a los unos y acabando otros por persuadirse, al verlo, de que lo que allí se hacía y se decía no concordaba con el *Cuestionario para el examen*, resultaba al cabo la clase reducida a un escaso número de verdaderos estudiosos, 8 ó 10, entre

los que siempre había algunos discípulos de años anteriores.

Solíamos entonces trasladarnos a una habitación contigua, pequeña, íntima, en la que había una mesa vestida, sillas de madera de pino, y en la pared, un mapa del orbe antiguo. En el fondo, una puertecilla daba entrada a un angosto y oscuro recinto, en donde solíamos colgar, en un exiguo perchero, los abrigos y sombreros, y entre ellos, fraternal e igualmente, el de don Francisco. Entonces empezaba de verdad la clase, la hora y media, a veces dos horas, más gratas, más profundamente vividas que pueda nadie imaginarse. Habíamos repartido la tarea en uno o dos trabajos que llevaban uno o dos de nosotros. Un tercero hacía por escrito el diario de la clase, que se leía y corregía al empezar. Don Francisco hablaba mucho, pero siempre como interlocutor; jamás como *catedrático*. Sus principales empeños eran: primero, despertar el anhelo y curiosidad intelectuales; segundo, formar de cada uno de nosotros la capacidad personal de reflexión, y por último, infundirnos el sentido de lo científico, que, a su parecer, era inseparable de una incesante autocrítica, jamás plenamente satisfecha. ¡Qué discretamente sabía deshacer la petulancia de una afirmación poco meditada, o presentar patente la ignorancia oculta en el ropaje de la juvenil pedantería! ¡Cómo conducía un diálogo, con qué suprema habilidad, para conseguir que el análisis de un concepto resultara al cabo de la incesante tensión metódica del pensamiento reflexivo! ¡Con qué riqueza y variedad de aspectos sabía plantear una cuestión para relacionarla con los temas universales del saber, y aún con los más lejanos del arte y de la vida misma!